

Manuel de Tuya

Yo soy el pan de vida; vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que baja del cielo, para que el que lo coma no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo.

Disputaban entre si los judíos diciendo: ¿Cómo puede este darnos a comer su carne? Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él. Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo, no como el pan que comieron los padres, y murieron; el que come este pan vivirá para siempre. Esto lo dijo enseñando en sinagoga en Cafarnaúm.

La enseñanza eucarística se desarrolla tomándose por tema el motivo del discurso anterior. Son dos cuadros, desarrollados bajo un mismo tema, de los cuales el primero, en el intento del evangelista, orienta y se complementa en el segundo.

Como en el anterior, Cristo se proclama a si mismo: «Yo soy el pan de vida». Es pan de vida, en el sentido que El causa y dispensa esta vida.

Le habían argüido antes los judíos con el prodigio del maná, que Dios hizo en favor de los padres en el desierto. Y Cristo recoge ahora aquella alusión para decirles, una vez más, que aquel pan no era el pan verdadero. Era solo un alimento temporal. Por eso, los padres «comieron de él», «pero murieron».

Hay, en cambio, un pan verdadero. Y este es el que «está bajando» del cielo, precisamente para que el que coma de él no muera». No morirá en el espíritu, ni eternamente en el cuerpo. Porque este pan postula la misma resurrección corporal.

Es interesante notar la formulación de este versículo. Cristo no dice: «Yo soy el pan vivo», sino «Este es el pan...», con lo que use roza muy de cerca la fórmula de la consagración eucarística: «Esto es mi cuerpo»

Y este pan, hasta aquí aludido, encuentra de pronto su concreción: «Yo soy el pan vivo que bajo del cielo». Antes se definió como el «Pan de vida», acusando el efecto que causaría su manducación en el alma; ahora se define por la naturaleza misma viviente: tiene en si mismo vida.

Y la tiene, porque ese pan es el mismo Cristo, que «bajó» del cielo en la encarnación, cuyo momento histórico en que se realizó esa bajada se acusa por el aoristo. Es el Verbo que tomó carne. Y al tomarla, es pan «vivo».

Porque es la carne del Verbo, en quien, en el «principio», ya «estaba la vida» que va a comunicar a los hombres.

Si ese pan es «viviente», no puede menos de conferir esa vida y vivificar al que lo recibe. Y como la vida que tiene y dispensa es eterna, se sigue que el que coma de este pan «vivirá para siempre». El tema, una vez más, se presenta según la naturaleza de las cosas, «sapiencialmente» sin considerarse posibles defecciones que impidan o destruyan en el sujeto esta vida eterna (Jn 15,1-7).

Y aún se matiza más la naturaleza de este pan: «Y el pan que yo os daré es mi carne, en provecho de la vida del mundo».

Al hablarse antes del «Pan de vida», que era asimilación de Cristo por la fe, se exigía el «venir» y el «creer» en El, ambos verbos en participio de presente, como una necesidad siempre actual pero ahora este «Pan de vida» se anuncia que el lo «dará» en el futuro. Es, se vera, la santa Eucaristía, que aún no fue instituida. Un año más tarde de esta promesa, este pan será manjar que ya estará en la tierra para alimento de los hombres.

Este «pan» es, dice Cristo, «mi carne», pero dada en favor y «en provecho de la vida del mundo». Este pasaje es, doctrinalmente, muy importante.

Si la proposición «vida del mundo» concordase directamente con «el pan», se tendría, hasta por exigencia gramatical, la enseñanza del valor sacrificial de la Eucaristía. Pero «vida del mundo» ha de concordar lógicamente con «mi carne», y esto tanto gramatical como conceptualmente.

Pero ya, sin más, se ve que esta «carne» de Cristo, que se contiene en este pan que Cristo «dará», es la «carne» de Cristo; pero no de cualquier manera, la carne de Cristo como estaba en su nacimiento, sino en cuanto entregada a la muerte para provecho del mundo. «Mi carne en provecho de la vida del mundo» es la equivalente, y esta muy próxima de la de LucasPablo: «Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros (a la muerte)» (Lc 22,19; 1 Cor 11,24).

El pan que Cristo «dará» es la Eucaristía. Y esta, para Jn, es el pan que contiene la «carne» de Cristo. En el uso semita, carne, o carne y sangre, designa el hombre entero, el ser humano completo. Aquí la Eucaristía es la «carne» de Cristo, pero en cuanto está sacrificada e inmolada «por la vida del mundo». Precisamente el uso aquí de la palabra «carne», que es la palabra aramea que, seguramente, Cristo use en la consagración del pan, unida también al «pan que yo os daré», es un buen índice de la evocación litúrgica de la Eucaristía que Jn hace con estas palabras.

Si por una lógica filosófica no se podría concluir que por el solo hecho de contener la Eucaristía la «carne» de Cristo inmolada no fuese ella actualmente verdadero sacrificio, esto se concluye de esta enseñanza de Jn al valorar esta expresión, tanto en el medio ambiente cultural judío como greco-romano.

En este ambiente, la víctima de los sacrificios se comía, y por el hecho de

comerla se participaba en el sacrificio, del que procedía. Si las viandas eran carnes, se participaba en un sacrificio de animales, puesto que lo que se comía era precisamente la misma carne sacrificada. Si lo que se ha de comer es la carne de Cristo, pero eucaristiada, es que esta carne eucaristiada es la carne de un sacrificio eucarístico. No es otra la argumentación de San Pablo para probar el valor sacrificial de la Eucaristía (I Cor 10,18-21). Así se ve que, con esta frase, Jn enseña el valor sacrificial de la Eucaristía. «El punto de vista sacrificial es evocado sin ambigüedad (por Juan) por la fórmula «mi carne por la vida del mundo», tan próxima de la fórmula eucarística paulina: «Esto es mi cuerpo por vosotros»

En esta proposición se enseña también el valor redentivo de la muerte de Cristo, y con la proyección universal de ser en provecho de la «vida del mundo».

Ante la afirmación de Cristo de dar a comer un «pan» que era precisamente su «carne», los judíos no solo susurraban o murmuraban como antes, al decir que «bajó» del cielo sino que, ante esta afirmación, hay una protesta y disputa abierta, acalorada y prolongada «entre ellos», como lo indica la forma imperfecta en que se expresa: ¿Cómo puede este darnos a comer su carne? Esto sugiere acaso, más que un bloque cerrado de censura, el que unos rechazasen la proposición de comer ese pan, que era su carne, como absurda y ofensiva contra las prescripciones de la misma Ley, por considerársela con sabor de antropofagia, mientras que otros pudiesen opinar (Jn 6,68), llenos de admiración y del prestigio de Cristo, el que no se hubiesen entendido bien sus palabras, o que hubiese que entenderse en un sentido figurado y nuevo, como lo tienen en el otro discurso

Preguntaban despectivamente el «cómo» podía darles a comer su carne. El eterno cómo del racionalismo!

Ante este alboroto, Cristo no solo no corrige su afirmación, la atenúa o explica, sino que la reafirma, exponiéndola aún más clara y fuertemente, con un realismo máximo. La expresión se hace con la fórmula introductoria solemne de «En verdad, en verdad os digo». El pensamiento expuesto con el ritmo paralelístico hecho, sinónimo una vez, antitético otra, e incluso sintético, está redactado así:

Si no coméis la carne del Hijo del hombre
y no bebéis su sangre,
no tenéis vida en vosotros.

El que come mi carne
y bebe mi sangre,
tiene la vida eterna,
y yo le resucitaré en el último día.
Porque mi carne es comida verdadera,
y mi sangre es bebida verdadera.

La doctrina que aquí se expone es: 1) la necesidad de comer y beber la carne y sangre de Cristo; 2) porque sin ello no se tiene la vida eterna como una realidad que ya está en el alma (Jn 4,14.23), y que sitúa ya al alma en la

vida eterna; 3) y como consecuencia de la posesión de la vida eternas, que esta comida y bebida confieren, se enseña el valor escatológico de este alimento, pues exigido por el, por la "vida eterna" por el conferida, Cristo, a los que así hayan sido nutridos, los resucitará en el cuerpo "en el último día".

La enseñanza trascendental que aquí se hace es la de la realidad eucarística del cuerpo y sangre de Cristo.

Una síntesis de las razones que llevan a esto es la siguiente:

1) Si se toman las expresiones comer carne" y beber sangre" en un sentido metafórico ambiental, significan, la primera, injuriar a uno (Sal 27,2; Miq 3,1-4, etc.), y la segunda, ser homicida, por el concepto semita de que en la sangre estaba la vida (Lev 17,r1, etc.). No es esto lo que enseña Cristo.

2) Si se supusiese un sentido metafórico nuevo, este solo puede darlo a conocer el que lo establece, y Cristo no lo hizo. Por ello, los contemporáneos tenían que entenderlo en un sentido realístico, que es lo que hacen los cafarnaítas, pensando que se tratase de comer su carne sangrante y partida y beber su sangre; pero todo ello en forma antropofágica. Por lo que lo abandonan. Pero, como Cristo no da ese sentido nuevo; y en un sentido metafórico ambiental no pueden admitirlo, se seguiría—por un error invencible—, de no ser esta enseñanza eucarística, que Cristo sembraba la idolatría entre los suyos.

3) La redacción del pasaje es de un máximo realismo. Tan claras fueron las palabras, que los cafarnaítas se preguntaron como podría darles a "comer su carne". Si Cristo hubiese querido hablar tan solo de la necesidad de la fe en El, no pudo usar metáforas menos aptas: para expresar una cosa sencilla, recurre a expresiones oscuras, imposibles de entenderse. Si las palabras se entienden de la Eucaristía, todas son claras y evidentes.

Pero, al mismo tiempo, el evangelista lo expresa con un clímax de realismo progresivo. Primero expresa la necesidad de comer esta carne de Cristo con un verbo griego que significa comer en general; pero luego, cuando los judíos dispute sobre la posibilidad de que les dé a comer su «carne», a partir del «paralelismo» positivo de la respuesta, reitera la necesidad de esto, y usa otro verbo, que significa, en todo su crudo realismo, masticar, ese crujir que se oye al triturar la comida. Es expresión de un máximo realismo, aunque sin tener matiz ninguno peyorativo. La misma cosa es repetida positivamente con la palabra, masticar, crujir, no por variar de estilo, sino para evitar de raíz toda escapatoria simbolista.

Efectivamente, en los v.53.54.55 se ve una progresión manifiesta en la afirmación del realismo eucarístico. No solo en cada uno de ellos se dice o repite esto, sino que se repite con una progresión en la afirmación clara de esta comida eucarística, manteniéndose luego ese término, máximamente realista, en las repetidas ocasiones en que se vuelve a hablar de comer en este discurso del "Pan de, vida".

A este realismo viene a añadirse explícitamente la negación de un valor metafórico. Pues se dice: "Mi carne es comida verdadera (alethés), y mi sangre es bebida verdadera (alethés); y una comida y bebida verdaderas son todo lo opuesto a una comida y bebida metafóricas.

4) Esta interpretación necesariamente eucarística tenían que dársela los lectores a quienes iba destinado el evangelio de Jn. Compuesto este sobre el año 90-100, ya la Eucaristía era vivida, como el centro esencial del culto, en la «fractio panis». Comer el cuerpo de Cristo, beber su sangre, no podía ser entendida ya en otro sentido que en el eucarístico. Cuando San Pablo habla de Eucaristía a los de Corinto, sobre el año 56, habla de ella casi por alusión, dando por supuesto que es algo evidente para ellos. "El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?" (1 Cor 10,16ss). Esta misma interpretación la supone y exige la doctrina de la institución eucarística relatada por los sinópticos. La evidente adecuación entre el relato de Jn, «promesa» de la Eucaristía, y la institución de esta, en los sinópticos, exige interpretar eucarísticamente el pasaje de Jn.

5) El concilio de Trento definió de fe que, con las palabras "Haced esto en memoria mía" (Lc 22,19), Cristo instituyó sacerdotes a los apóstoles, y ordenó que ellos y los otros sacerdotes realizasen el sacrificio eucarístico. Por eso, esta adecuación entre la "promesa" y la "institución" exige, basado en un dato de fe, la interpretación eucarística del pasaje de Jn.

Como verdadera comida y bebida que son la carne y la sangre eucarísticas de Cristo, producen en el alma los efectos espirituales del alimento. "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él". El verbo griego que aquí se usa para expresar esta presencia de Cristo en el alma, la unión de ambos, tiene en los escritos de Jn el valor, no de una simple presencia física, aunque eucarística, sino el de una unión y sociedad muy estrecha, muy; íntima (Jn 14,10.20; 15,4.5; 17,21; 1 Jn 3,24; 4,15.16). Este es el efecto eucarístico en el alma: así como el alimento se hace uno con la persona, así aquí la asimilación es a la inversa: el alma es poseída por la fuerza vital de alimento eucarístico.

«Así como me envió el Padre vivo, y yo vivo por el Padre, así también el que me come vivirá por mí». La partícula griega empleada por el evangelista puede tener dos sentidos: de finalidad y de causalidad.

En el segundo caso—causalidad—, el sentido es: Así como Cristo vive «por» el Padre, del que recibe la vida (Jn 5,26), así también el que recibe eucarísticamente a Cristo vive «por» Cristo, pues Él es el que le comunica, por necesidad, esa vida (1,16; 15,4-7).

"El Padre es la Puente de la vida que el Hijo goza; esta vida, difundiéndose luego a su humanidad, constituye aquella plenitud de que todos hemos de recibir" (Jn 1,16).

En el primer caso—finalidad—, el sentido del versículo sería: Así como Cristo

vive, como legado, para el Padre, así también el que recibe eucarísticamente a Cristo vivirá para Cristo. Del mismo modo que Cristo, como legado del Padre, tiene por misión emplearse en promover los intereses de aquel que le envía (Jn 17,8), así el discípulo que se nutre del «Pan de vida» eucarístico se consagrara enteramente, por ello, a promover los intereses de Cristo.

Con esta interpretación «estaríamos en presencia de una noción nueva. Unido a Cristo en la Eucaristía, el fiel se consagraría enteramente a promover los intereses de aquel que se le da a el».

Sin embargo, el primer pensamiento parece ser el preferente, postulado por el contexto, si no el exclusivo.

El evangelista añade una nota topográfica: «Estas cosas las dijo en reunión, enseñando en Cafarnaúm». Juan ha querido situar con exactitud un discurso de importancia excepcional.

El porqué fueron estos discursos pronunciados en «reunión», sin artículo, acusa preferentemente, no la sinagoga, aunque en estas hablaba frecuentemente Cristo (Mt 4,23; 9,35; 13,54; Mc 1,39; 3, etc.), sino que fueron pronunciados en público: fue algo no en forma clandestina. Cristo aludirá a esta conducta suya ante el pontífice. Mt, hablando de como Cristo «enseñaba» a las gentes en el local de la sinagoga de Nazaret, escribe: Cristo «enseñaba en la sinagoga de ellos»(Mt 13,54; par.). El contraste de estos pasajes, con la ausencia en Jn del artículo, parece deliberado, para indicar que estas cosas fueron dichas por Cristo en público: «en reunión».

La Cafarnaúm de los tiempos de Cristo, el actual Tell-Hum, conserva las ruinas de una magnífica sinagoga, probablemente del siglo II (d. C.), aunque puede estar construida sobre la sinagoga de los tiempos de Cristo. La capacidad máxima que presentan estas ruinas de la sinagoga de Cafarnaúm hace suponer que rebase las 700 personas.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, *Biblia Comentada*, B.A.C., Madrid, 1964, p. 1108-1114)